



Política

ISSN: 0716-1077

rpolitic@uchile.cl

Universidad de Chile

Chile

Oro Tapia, Luis R.

Jerónimo Molina (2013). Raymond Aron, realista político. Del maquiavelismo a la crítica de las religiones seculares. Madrid: Editorial Sequitor, ISBN: 978-84-15707-14-1

Política, vol. 52, núm. 1, 2014, pp. 229-233

Universidad de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64532006010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

JERÓNIMO MOLINA (2013). RAYMOND ARON, REALISTA POLÍTICO. DEL MAQUIAVELISMO A LA CRÍTICA DE LAS RELIGIONES SECULARES. MADRID: EDITORIAL SEQUITOR, ISBN: 978-84-15707-14-1

Luis R. Oro Tapia* (luis_oro29@hotmail.com)
Universidad Central de Chile

Este libro sobre Raymond Aron (1905-1983) se debe leer en el contexto de la prolífica obra de Jerónimo Molina Cano. En efecto, hay que leerlo en conjunción con el que escribió sobre Julien Freund (1921-1993) y con el que acaba de publicar sobre Carl Schmitt (1888-1985). Este volumen hay que entenderlo como un gozne que articula implícitamente el pensamiento de Aron —en lo que al realismo político concierne— con los planteamientos de los referidos autores. Pero la conexión subyacente no se agota ahí. Por cierto, también existen vínculos interpersonales entre los tres. De hecho, Aron fue el director de la tesis doctoral de Freund, quien, a su vez, tenía cercanía humana con Schmitt y, por su intermedio, Schmitt y Aron tuvieron un intercambio epistolar intermitente. Así, este libro hay que comprenderlo como parte del esfuerzo que Jerónimo Molina ha realizado, durante casi dos décadas, para desentrañar la genealogía de autores que suelen ser filiados a la tradición del realismo político europeo.

El libro de Molina centra su mirada preferentemente en la ingente obra periodística del intelectual francés. En ello radica su mérito y su aporte para el mundo hispanoamericano; debido a que dicha obra casi en su totalidad no está disponible en las bibliotecas latinoamericanas. Así, por ejemplo, sus columnas “sobre las religiones seculares —constata Molina— nunca se han recogido y presentado sistemáticamente en un único volumen, permaneciendo dispersas” (p. 72). Quizás, por tales motivos, “tampoco han sido objeto de una monografía sistemática” (p. 72).

Uno de los problemas metodológicos que conlleva para quien quiera sistematizar la obra periodística de Aron es que no existe “una terminología aroniana unificada” (p. 50). Ello se debe, en parte, a que sus columnas de opinión responden a la dinámica

¹ Autor del libro: *El concepto de realismo político*. Santiago: Ril Editores - CAIP. Santiago, 2013.

de la contingencia política y a la necesidad de llegar a un público amplio con un lenguaje connotativo en desmedro de uno conceptual.

Aron, el hombre

Raymond Aron no vacilaba en autocalificarse a sí mismo de periodista. En consecuencia, como tal se presentaba en sociedad, pese a que era profesor de *La Sorbonne* y miembro del Colegio de Francia. Su formación en filosofía y sociología, en Francia y Alemania, le abrieron las puertas de la academia. Pero su pasión por la coyuntura política le impidió encapsularse en sí mismo y asumir una actitud displicente frente al mundo, tan típica del intelectual neutral y contemplativo. Sin embargo, en modo alguno ello implica que haya asumido las imposturas y “la facundia del intelectual denunciante” (p. 56).

En Aron coexistían, según Molina, dos sensibilidades. Una lo inclinaba naturalmente “a la contemplación filosófica de la historia y la otra a la acción política” (p. 49). Ambas tenían por centro de gravedad el quehacer político. Las dos usaron la escritura como vehículo de expresión y tanto la una como la otra eran excitadas por las saetas de las circunstancias en que le correspondió vivir. La primera engendró tratados académicos sistemáticos; la segunda cristalizó en cientos de escritos periodísticos —algunos de ellos con visos de literatura de trinchera— que pretendían influir en quienes tomaban decisiones políticas. Su vocación por la acción se materializó, además, en su fugaz paso como jefe de gabinete del ministro André Malraux en el Ministerio de Información a fines de 1945.

Maquiavelismo y realismo

Raymond Aron no tuvo relaciones fáciles con quienes tenían una visión idealista de la política. Así, por ejemplo, con los neotomistas Jacques Maritain y Etienne Gilson. Para dicha corriente de pensamiento nunca está permitido hacer el mal, si, mediante éste, se obtiene finalmente un bien. Pero Aron, como lector de Nicolás Maquiavelo y Max Weber, sabía que del bien no necesariamente sale el bien. Asimismo estaba consciente de que una cosa es ser bueno y otra distinta es hacer el bien. Aron —como observador del devenir político del siglo veinte— bien sabía que una república demoliberal no puede comportarse al igual que la república de Florencia, que por anhelar ser calificada de clemente no se atrevió a impedir la destrucción de Pistoja. Por eso, Aron sostiene que “quien pretende sobrevivir en la historia tiene que consentir la utilización de medios eficaces y aceptar que sólo con armas se puede resistir a las armas” (p. 58).

Aron sostiene que ningún Estado puede despreocuparse del mantenimiento de su poderío. Pero está plenamente consciente, como lo explicita Molina, de “la antinomia entre la eficacia de los medios y las condiciones morales de la acción política” (p. 54). Esto le permite concluir a Molina que Aron “está equidistante del cinismo y del idealismo” (p. 54).

En tal sentido, podríamos agregar que Aron no abomina del poder, pero sí de la *pleonexia* de poder (ésta no escatima en medios para alcanzar sus fines). No se trata tampoco de un poder desbocado, sino que de un poder constreñido por un corsé normativo. Dicho en palabras de Aron citadas por Molina: “El orden político termina imponiendo la supremacía a las reglas de la eficacia” (p. 55). La conflictividad, al interior de un Estado o entre las naciones, es un dato básico de la realidad, incluso en las sociedades demoliberales. Por tal motivo, según Molina, “las democracias pueden ser pacíficas, nunca pacifistas” (p. 71).

Ideologías y religiones seculares

Las religiones seculares ofrecen una interpretación global del mundo, explican el porqué de las tribulaciones del hombre en la historia y anuncian catástrofes inminentes, pero simultáneamente otorgan la fórmula para librarse del sufrimiento y para conjurar el desastre. Si se aplica correctamente el saber teórico de salvación se puede restaurar o instaurar la armonía, tanto entre los hombres como entre éstos y la naturaleza.

Aron no esboza un contrapunto nítido entre las ideologías y las religiones seculares. Es más, suele usarlas como términos intercambiables. Pero su crítica a las religiones seculares o a las ideologías no deviene en una condena absoluta. Ellas son necesarias, dice Aron, “pero no en un grado excesivo” (p. 45). Esta aparente benevolencia con las religiones seculares —o, si se prefiere, ideologías o religiones políticas— se comprende si se advierte la función que ellas cumplen en la sociedad.

Por cierto, “toda colectividad —según Aron— debe poseer unos valores comunes sin los cuales no existiría como tal” (p. 37) y, obviamente, debe tener fe en ellos. Por lo menos la “suficiente para emocionar a los corazones sin que se petrifiquen los espíritus” (p. 45). Por tal motivo, “el sociólogo francés —constata Molina— reconoce la conveniencia de que los regímenes demoliberales se hallen también animados por los valores de una sana religión civil” (p. 71).

Cuando la religión civil se evapora, la ausencia de fe deviene en un déficit de convicciones para tomar decisiones; en pusilanimidad para afrontar la lucha política;

y en falta de arrojo para conjurar los peligros. No obstante, el debilitamiento de las ideologías en la sociedad industrial en modo alguno implica que “desparezca el conflicto de las ideas o el choque de temperamentos” (p. 41), consigna Aron.

En suma, se podría decir —siguiendo a Molina— que Aron no desaprueba a las ideologías en sí mismas, sino que su metástasis y, especialmente, su gnosticismo, reductivismo y mesianismo. Dicho de otro modo: reniega del fanatismo y del integrismo de las religiones seculares.

El primado de la política

El realismo político, como discurso público, carece del atractivo de la pirotecnia demagógica. Su agnosticismo y su propensión a no dejarse encandilar por el lado luminoso de las cosas, convierten al realista político en un ser lúgubre, escéptico y relativista. A diferencia del gnóstico, descree de los valores absolutos, de las verdades “reveladas” y de las explicaciones monocausales.

Quizás, por eso, la obra de Aron resulta tan difícil de encasillar sin objeciones en alguno de los “ismos” típicos de siglo veinte. No adscribe a ninguna religión secular. Así, por ejemplo, pese a que se declaraba liberal, “nada más lejos de la realidad que catalogarle entre los adictos al liberalismo economicista” (p. 15). Aron reniega de todo determinismo unilateral. Por eso, no vacila en criticar el economicismo de Friedrich von Hayek y en abogar por el primado de la política.

Pero cuando reivindica su primado “no pretende sustituir un determinismo por otro” (p. 25), sino que poner de manifiesto que la política brinda las condiciones para que florezcan un sinnúmero de actividades que realizan los seres humanos. Así, la política es indispensable para que el hombre despliegue sus potencialidades. En consecuencia, sería contraproducente —según Molina— albergar la expectativa de eliminar la política, porque ello implicaría renegar de lo específicamente humano.

El intelectual y la política

Aron, al igual que su rival fraterno, Jean Paul Sartre, sabía que a nivel individual no existen decisiones de costo cero. Pero además sabía, como sostiene Molina, que en política una cosa es “la facultad de denunciar y otra, muy distinta, el tener que decidir con todas sus consecuencias” (p. 31). En las sociedades demoliberales los intelectuales vinculados sentimentalmente a una causa arriesgan poco cuando denuncian hechos que les causan repulsión. En ellas es fácil denunciar; no obstante, casi todos rehúyen el costo de la decisión.

Decidir requiere de una fortaleza de ánimo que no es comparable con la habilidad que se requiere para redactar exhortos o manifiestos. El temple anímico de los estadistas no se aviene con la pureza de principios ni con los melindres del intelectual. Quien decide, quien corta el nudo gordiano, es un hombre de acción, no un ser contemplativo que quiere permanecer inmaculado. Si a ello se agregan los escrúpulos de la moral cristiana, el asunto se complica aún más. El político tiene que optar entre permanecer moralmente impoluto o actuar como estadista. Y es así como “los hombres de Estado, sintiéndose responsables en conciencia del destino común, acometen acciones que detestan” (p. 31). Tal tensión es la que otorga a la política, según Aron, su grandeza sombría.

El político tiene que sopesar el alcance de sus palabras por los efectos concretos, directos o colaterales, que ellas puedan tener en la vida de centenares de personas con nombres y apellidos. En cambio, los intelectuales no. De hecho, en las sociedades liberales éstos tienen licencia para perorar sin cortapisas y, una vez agotadas las ideologías, generalmente, vociferan de manera inocua.

Raymond Aron, en la interpretación de Jerónimo Molina, no anheló desempeñar un rol similar al de Henry Kissinger (el académico que primero devino en consejero de principes y después en político). En Aron había algo indeterminado que le impedía emular a Kissinger. Ese algo quizás sea el tener plena conciencia de cómo opera el estadista y el no estar dispuesto a pagar el precio (en el tribunal de la conciencia íntima) que conlleva el uso de la fuerza e incluso, cuando las circunstancias lo ameritan, de enviar hombres a la muerte. Al respecto son ilustrativos tres párrafos que cita Molina. En el primero Aron dice: “Es muy fácil negar la razón de Estado. Pero mientras haya Estados, las razones de Estado se impondrán, antes o después, a los gobernantes” (p. 56). En el segundo sostiene: “No es que yo rechace la utilización de la fuerza, ni en la teoría ni en la práctica. Pero una cosa es admitir en abstracto el recurso a las armas y otra es convencer al presidente, *hic et nunc*, para que recurra a ellas” (p. 56). Y concluye: “Mis escrúpulos y mi rechazo visceral de la violencia me impiden ocupar el puesto de un intelectual de excepción como Kissinger” (p. 56).

Por último, cabe consignar que este libro es aparentemente de lectura fácil y rápida. Pero quien se deje guiar por tal apariencia no podrá entrever cuál es su contenido esencial. Por tal motivo, este libro supone un lector con mirada atenta y estereoscópica; porque la segunda lectura dice más que la primera, y la tercera más que la segunda. Es como mirar una obra pictórica; solamente la pueden leer aquellos que saben mirar. No resulta fácil entrar en los meandros del texto ni aquilatar su contenido, porque dice mucho más de lo que uno, como lector incauto, supone que dice.

